

*El marqués*¹

ROMANO BILENCI

Traducción de Alejandro Pizarroso Quintero

Lo conocí un poco antes de la guerra, una tarde de junio en el café de *Le Giubbe Rosse*. Estaba sentado con los primeros en llegar y hablaba tranquilo, manteniendo el cuerpo un poco inclinado, como si hubiese estado allí siempre. En cuanto Franco y yo nos acercamos, se levantó y, con una hermosa reverencia señorial, llena de gracia natural, se presentó: Rafael Lasso de la Vega, marqués de Villanova. Llevaba en el dedo el anillo con el timbre cuadrado del blasón de marqués con el cual sellaba el lacre en las cartas más importantes. Tenía la cabeza, completamente calva, y el rostro salpicados de un amarillo pálido y de un rosa encendido. Parecía que se hubiese quemado gravemente en algún accidente. Pero tenía los ojos aterciopelados, jóvenes como los de un niño que de la ironía pasaban al sarcasmo, de la alegría a la tristeza: los mismos ojos que después he observado en Picasso y en muchos españoles. Observándolo atentamente, si no hubiera sido por aquella mirada sensible y brillante, habría provocado repulsión. Le apodamos «El rey peste».

En cuanto nos sentamos me preguntó: «*Scribère anche lei?*»². «Un poco, de vez en cuando —respondí— pero sin mucha dedicación». «*Che cosa*

¹ Este breve relato de Bilenci, *Il Marchese*, apareció por primera vez en *L'Albero*, Edizioni Milella, Lecce, 1972, nuova serie, f.17, n. 48. Después formó parte de la recopilación, *Amici. Vittorini. Rosai e altri incontri*, Einaudi, Turín, 1976 (pp. 27-39). Aquí hemos seguido el texto de su última edición: BILENCI, Romano, *Amici*, Rizzoli, Milán 1988 (pp. 26-38), volumen editado por Sergio Pautasso y que incorpora numerosos nuevos relatos. Esta traducción se publica aquí por cortesía de Editorial Rizzoli y de la viuda del autor (NdT). Sobre Romero Bilenci: véase PIZARROSO QUINTERO, Alejandro, «Romano Bilenci, escritor y periodista» en *Anuario del Departamento de Historia*, n.º 3, 1991, pp. 219-243.

² Hemos optado por mantener todas las frases textuales del marqués tal y como aparecen en el original pues precisamente su extraña jerga mezcla de francés, italiano y español, tal como la reconstruye Bilenci es el elemento clave de la *vis* cómica del relato. En algunos casos en

scribère?», insistió el marqués. «Cuentos», le dije. Sacudió la cabeza y con un gesto de desaprobación y condescendencia me preguntó: «*Libri gruesi grandi tomi?*». «Al menos por ahora no», le respondí. «*Bene* —dijo el marqués— *Tolstoj. Dostoevskij. Goethe scribère troppo. S'è impossibile. Sono imbésili. Goethe está un imbésile*».

Ya tarde llegaron también el resto de los amigos y se presentó a todos con su reverencia y su largo nombre: Rafael Lasso de la Vega, marqués de Villanova. Rosai, cuando llegó, se quedó parado delante del velador, escrutó a aquel hombre extraño y desconocido y luego nos miró con aire interrogativo sorprendido e irónico como si le hubiésemos preparado una broma. Pero el marqués parecía no darse cuenta de nuestras miradas burlonas, de nuestras risitas. Estaba sentado impertérrito y bonachón, con las piernas cruzadas y el busto inclinado ligeramente a la izquierda. Llevaba un par de pantalones de lana de un color extraño, entre el rosa y el avellana.

A las ocho vino a recogerlo su mujer para ir a cenar. Era francesa, una alciaciana, de aspecto señorial y autoritario. Era música y supimos después que componía pero que nadie había aceptado nunca interpretar su música. El marqués no debía poseer ya nada: sus trajes estaban raídos y viejos, su camisa lisa en la pechera y deshilachada en los puños. Por el tono con el que su mujer le hablaba y por su manera de comportarse se comprendía bien que el marqués le temía y que debía depender de ella. Efectivamente, como supimos después, ella poseía muchas acciones de una floreciente industria francesa.

Cuando el marqués se hubo ido, Rosai dijo: «¿Pero quién es ese tipo, parece que hubiera tenido la peste? ¿Quién lo ha traído? ¿A quién busca?».

Delfini, que se reía divertido dijo: «Oh señor Ottone, este está suelto. Ha sentido nuestro olor y acabado aquí entre nosotros». Durante varios días Delfini, Franco, yo y los otros continuamos llamándole «El rey peste» o también «*Fesso*³ de la Vega», pero después nos gustó más cada tarde, hicimos amistad y terminamos por quererle bien.

No he sabido nunca, ni he querido saber, ni entonces ni nunca, cómo llegó el marqués a *Le Giubbe Rosse*. Entró con tanta naturalidad en nuestro grupo que ninguno volvió a pensar en el primer día en que le habíamos conocido: había llovido del cielo para ayudarnos a pasar el tiempo con un poco de alegría.

* * *

Pasaron los días y no volvimos a hacer caso de aquel rostro de película de miedo. Sus ojos vívidos y maliciosos se hicieron familiares para nosotros. Luego se convirtió en indispensable. Si tardaba en venir al café nos

que las intervenciones del marqués son más largas o más difíciles de comprender para el lector español, hemos optado por incluir en nota una traducción española de su peculiar jerga.

³ Bilenchi y sus amigos hacían un juego de palabras confundiendo *Lasso* con *fesso* que en italiano quiere decir majadero, estúpido.

preguntábamos ansiosos: «¿Pero qué hace el marqués esta tarde? ¿Por qué no viene? En realidad suele ser el primero en llegar». Le gastábamos bromas incluso pesadas, le preparábamos sorpresas jocosas; él replicaba, sonriente, sin ofenderse nunca. Del español, el italiano y del francés —había vivido largo tiempo en París— había hecho una lengua única con la que hablaba continuamente. Añoraba el mundo antiguo, cuando España ocupaba México y Perú, poseía Cuba y las Islas Filipinas. Se enfurecía sólo con oír hablar de los norteamericanos a los que consideraba ladrones, bastardos y usurpadores y que, con desprecio, llamaba «ianchi». Soñaba con absurdos desquites, reconquistas más allá de los océanos bajo la guía del «Rey», de invencibles almirantes. Leía atentamente todos los artículos que se ocupaban de España y en cuanto encontraba una alusión a su decadencia decía que el autor del escrito «*estava un selvaggio*». Era antifranquista pero no porque fuese menos reaccionario que Franco: grande de España, que tenía el privilegio de permanecer cubierto mientras «*ablava*» con el rey, y de oír misa arrodillado en el altar mayor, no soportaba que un país fuese gobernado por una república, por hombres cuyas familias no figuraban en el Gotha. No recuerdo si era carlista como Valle Inclán.

Cuando Serrano Súñer fue cesado como ministro de Asuntos Exteriores y le sucedió Artajo⁴, me buscó durante toda una tarde en los locales que frecuentaba habitualmente preguntando a todos los que conocía si me habían visto, y, al fin, habiéndome encontrado, me dijo, tan satisfecho como si en Madrid hubiera caído el gobierno: «*Ha visto? Intanto ne hanno fatto fuori uno*» «Me parece que cambia muy poco», le respondí. «*Eh no* —dijo el marqués— *Súñer fue un pidoco. un burghese. Artajo almeno está conte y general!*».

De los tiempos antiguos nos contaba el marqués anécdotas con mucho garbo. Su abuelo, de la aristocracia de Sevilla, había decidido revocar la fachada de su inmenso palacio. Era un hombre agrio que trataba a los que no fuesen «*el Rey*» o grandes de España con afectación y altanería. Una tarde había atravesado la calle sin la escolta del habitual servidor y había entrado en el mísero local de un barbero que había enfrente y en el cual se guardaba muy mucho de hacerse afeitado. El hombre, estupefacto, había dejado de afeitado a un cliente y había saludado al marqués con una reverencia profunda. «Mande vucencia», había dicho. El marqués le preguntó: «¿De qué color quieres que se pinte la fachada de mi palacio?». «Excelencia, es algo como para preguntármelo? Del color que más le guste», respondió. «No» —dijo el

⁴ En realidad le sucedió Gómez Jordana a quien cumple mucho más que a Martín Artajo todas las características que de él pone Bilenchi en boca del marqués. Probablemente Bilenchi escribió esto mientras Martín Artajo era efectivamente ministro de Asuntos Exteriores (18 de julio de 1945- 25 de febrero de 1957), sin darse cuenta de que el general Gómez Jordana, conde de Jordana, sucedió a Serrano Súñer en Exteriores el 16 de marzo de 1943, después de haber sido ya ministro de Exteriores en el primer gobierno nombrado el 1 de febrero de 1938.

marqués— «debes elegir tú que la tendrás ante los ojos todos los días, durante años y años. Yo, desde mis habitaciones, no la veré casi nunca».

* * *

El marqués no reconocía sino a los españoles, a los franceses y a los italianos, el derecho de poblar la tierra. A los ingleses los odiaba como les podría odiar un almirante de la Armada Invencible; los alemanes eran una manada de puercos gordos y velludos; los rusos, bárbaros. En París había conocido a Apollinaire, a sus amigos y a sus discípulos, y llevaba el café de *La Cupole* en el corazón. Hablaba de ello en todo momento y todos sus discursos contenían siempre una referencia a aquel café, incluso cuando hablaba de los antiguos griegos y de los romanos cuya lengua conocía estupendamente. Para él la poesía se había detenido en Apollinaire y en los veladores de *La Cupole*, y en sus cartas a los amigos italianos acostumbraba a sustituir algunas letras latinas con letras griegas como la alfa o la épsilon.

* * *

Paseábamos a menudo por el centro de Florencia y el marqués miraba encendido a las mujeres deteniéndose en sus caderas y en su seno y me señalaba con los ojos aquéllas que, a su modo de ver, le habrían inducido a pecar; sin que fallara nunca una bella muchacha daba pic al relato de sus aventuras galantes de cuando vivía en París. El marqués había alquilado un estudio de pintor en el *Piazzale Donatello* y con garbo dejaba entrever algo de todo lo que sucedía allí dentro. Una muchacha había despertado en él una verdadera pasión y a menudo decía suspirando: «*Rosa, Rosa la pobre*».

Durante aquel deambular sin meta por las calles de la ciudad, Luzi y Delfini nos seguían a pocos pasos; se habían hecho dueños de la jerga increíble del marqués y entablaban largos y alegres coloquios, así que me parecía que paseaba no con uno sino con tres marqueses: «*Una soira a Montmartre. in un tabarino. capisse? se dise así? entrarono due ombres, uno grande e gruesso, verdadero e proprio gheante, con barba larghissima y negra. S'era una barba incroiable. mucho brillante: l'otro minoherlino e basso. Chi no se fosse aver comprendido che s'eran due ombres particolari? Toti se credeva che la fembra fose el picoleto. Invece quando venne el alba lo piccolo se levanta e dise con duresa al gheante: Vamos Maria*».

Otra historia que el marqués contaba a menudo cuando caminábamos para descubrir mujeres guapas era la de Messa. «*A Paris tenevo un amigo che se chiamava Messa. Se era un canariano. capisse? delle isole Canarie. Avete compris. Messa abitava serca del mio hotel. e teneva una chambre presso una familia de oetit bourgeois. Messa. felise lui. se scopava capisse? la patrona de casa. Para no farse sorprendere dal marido facevano all'amore sul*

riposo. como se dise? pianerottolo en cima de la escalera. La dona. che estaba formosa. se apoiava a la rampa e mirava giú ne l'entrada para estar pronta a la retirada se arrivasse el marido y Messa la calcava detrás pero siempre delante. se capisse?. Tenevano la puerta del piso abierta dietro de loro per poter fuggire de prisa. a la svelta. A le sei de la tarde salivo del mio hotel per andare a prendere a Messa. Entravo ne l'ingresso y ponevo una mano su la rampa de la escala: si la ringhera tremblava. del vibrar se comprendeva che Messa estava premiando la padrona de dietro. Allora gli gridavo: «Ciao Messa, se veremo más tarde al café».⁵ «¿Pero quién era este Messa (o Mesa como algunas veces le llamaba el marqués)?» preguntamos. «Es un grande scrittore, un ombre coltivado, un lavoratore.» Por más que rebuscásemos en la bibliografía francesa de años y años, no figuraba de él sino una común antología de poesías publicada por ediciones Nelson.

* * *

Un domingo por la tarde estábamos todos en el café con nuestras mujeres, novias, amigas. Habíamos decidido ir a cenar a un restaurante. Eramos unos veinte y estábamos hablando precisamente de qué restaurante elegir, cuando el marqués entró sudando y acalorado aunque estábamos en invierno. Se quitó el abrigo se sentó y se quedó allí pensativo. De golpe se puso de pie adelantó las manos pidiendo silencio y dijo: «*Quando uno se viene de averse fatto fare una pipa e la pipa s'è ben lograda. mucho riuscita. come se fa?*»⁶. «Se hace hacer otra» le respondió el pintor Ugo Capocchini. Los ojos del marqués hicieron un guiño de complacida malicia, esbozó el gesto de alejar de sí la frase y dijo: «*Non como se fa, ma como se dise. como se chiama quella cosa con la quale se fabbricano le pipe?*» «Luego de una media hora de golpes de ingenio, de preguntas y de respuestas logramos comprender que el marqués, fumador empedernido, había comprado una pipa de verdadera raíz y quería adquirir otra.

* * *

⁵ Lo que en castellano podría ser: «En París tenía un amigo que se llamaba Mesa. Era canario, ¿entiende?, de las islas Canarias. ¿Habéis entendido? Mesa vivía cerca de mi hotel y tenía una habitación en casa de una familia pequeño burguesa. Mesa, feliz él, se tiraba, ¿entiende? a la patrona. Para no ser sorprendidos por el marido hacían el amor en el descanso, ¿cómo se dice? descansillo en lo alto de la escalera. La mujer que era hermosota, se apoyaba en la barandilla y miraba hacia abajo, a la entrada para estar presta a la retirada si llegase el marido y Mesa se la tiraba por detrás pero siempre por delante, ¿se entiende? Tenían abierta la puerta del piso tras ellos para poder escapar deprisa. A las seis de la tarde salía de mi hotel para ir a recoger a Mesa. Entraba en el zaguán y ponía una mano en la barandilla de la escalera: si temblaba se comprendía por la vibración que Mesa estaba tomando a la patrona por detrás. Entonces le gritaba: Adió Mesa, nos veremos más tarde en el café».

⁶ En italiano «farsi fare una pipa» puede querer decir tanto hacerse hacer una paja, hacerse masturbar, o también hacerse hacer una «fellatio». (NdT)

Capocchini, que pasaba las tardes en el cine, había asistido un día a una película de aventuras marineras que le había llamado la atención y le había interesado mucho. Ya en el café le dijo al marqués en tono burlón: «¡Usted que no hace otra cosa que hablar de reyes, de grandes de España, de sombreros y de altares! He visto de qué familia descende: filibusteros, corsarios y bandidos». «*Se parlava de la mia familia, dei marchesi de Villanova. in un filmo? Proprio in un filmo?*» preguntó el marqués maravillado. «Y tanto,» —dijo Capocchini— «a un antepasado suyo le han puesto a caldo». Y le contó la vida de un antiguo marqués de Villanova, ladrón y que despreciaba toda ley, sobre la que se basaba la trama de la película. El marqués, que se declaraba abiertamente enemigo de todo progreso técnico y científico, de todas las invenciones electrónicas, químicas, mecánicas, aseverando que todas se orientaban a hacer la vida imposible al hombre, que el teléfono, el telégrafo, la radio no servían sino para disturbar la tranquilidad de cada día, se enorgullecía, entre otras cosas, de despreciar por encima de todo al cine. Aunque hubiese estado en el París de los años dorados, hubiese tratado a Apollinaire y conocido a Buñuel y a René Clair y a todos aquellos jóvenes artistas que habían visto inmediatamente en el cine un nuevo medio de expresión estética, no había querido nunca poner un pie en una sala de proyección y se complacía de ello. Creíamos que Capocchini había inventado las aventuras narradas en la película para obligar al marqués a ir finalmente al cine, pero él nos aseguró que no había añadido nada a lo que había visto.

Al día siguiente el marqués llegó al café antes que de costumbre. Preguntaba impaciente: «*Avete veduto Capocchini? Quando se viene Capocchini?*». Al fin hacia las seis llegó Ugo. Fue agredido literalmente por el marqués enfurecido. La noche antes, después de la cena, con gran disgusto, había ido al cine por primera vez en su vida. «*Voi essere un ignorante*», dijo. «*No é eso un marchese de Villanova, no s'é un Grande de España. S'é un marchese, marchese, sí, pero un po' fasullo. S'é un marchese de Villanueva. nada che vedere con mia familia. S'é marchese, ma no como moi, moi s'é scritto nel Gotha. Capocchini usted avete necesitá de leer el Gotha.*» Desde aquella noche no volvió nunca al cine y continuó escuchándonos los comentarios y las impresiones que hacíamos sobre las películas con ostentosa indiferencia y si nosotros, maliciosamente, le pedíamos un parecer, abría los brazos, nos sonreía con indulgencia y decía: «*Io stare una volta sola al cinema per ragioni di prestigio e nada más altro. Como ió e visto che s'era un marchese de Villanueva e non un Villanova ió me sono levanto e me ne sono venuto via.*»

* * *

Un día el marqués fue a Roma, que no conocía, en compañía de uno de nosotros. Quería también oír misa arrodillado en el altar mayor de San Pe-

dro. Mejor si oficiaba el Pontífice, del que hablaba de igual a igual. El domingo por la mañana en Florencia, reunidos los fieles en la iglesia de la *Santissima Annunciata*, cuando ya estaban todos de rodillas y el cura se disponía a hacer las primeras genuflexiones, el marqués entraba muy erguido y se dirigía caminando por la nave central hasta el altar mayor. Se arrodillaba un poco a la derecha y con la cabeza alta parecía controlar con su mirada encendida que el sacerdote no cometiese despropósitos. Muchos se preguntaban quién era aquél hombre consumido, con la cabeza lustrosa, el rostro repelente, y quién le había dado el derecho de comportarse así.

En Roma, para captar el ambiente literario de la capital, el marqués fue también al *Caffè Aragno* y allí conoció a Cardarelli. Empezaron a hablar cansadamente de literatura hasta que Cardarelli dijo que Leopardi era el poeta más grande que había existido en el mundo. El marqués replicó que Leopardi no era ni siquiera poeta. La discusión se encendió. «Pero qué coño dice», gritó Cardarelli. «*Poesia con discorso quella, poesia con discorso no ser oggi poesia*», dijo el marqués. «*Oggi poesia senza discorso. Apollinaire s'è cento volte más grande che Leopardi*». Cardarelli se enfureció. «¿Acaso escribe poesía usted también?» preguntó al marqués que, ofendido, replicó: «*Io ho introducido in España...*». «Pero ¿qué pretende haber introducido... los preservativos? ¿Qué quiere entender de Leopardi si no sabe ni siquiera hablar? Se dice llueve («piove») y no *pluia*, se dice lápiz o lapicero («lapis o matita») y no *craione*, se dice paraguas («ombrello») y no *paraplui*a, como dice usted», gritó Cardarelli. Ambos se habían puesto en pie y se miraban excitados, Cardarelli agitaba convulsamente las manos y el marqués blandía el paraguas.

* * *

Ibamos algunas veces a encontrarnos con el marqués en el *Albergo Berchielli*. Estaban Luzi, Delfini, Bo y algún huésped de paso. El marqués, como un verdadero anfitrión, dirigía la conversación, durante la cual, por ser nuestros intereses demasiado diversos de los suyos, si es que tenía alguno, nunca aparecía un argumento serio. El marqués se divertía hablando de sus tiempos de París, contando chistes y perversidades sobre los conocidos que estaban momentáneamente ausentes. A menudo tomaba parte por breve tiempo en nuestras reuniones su mujer que se lamentaba cada vez más de no obtener ningún éxito e incitaba al marqués a trabajar. «Rafael» —decía— «¿por qué no escribes? incluso Montale ha publicado otro libro. Te quedarás detrás de todos». El marqués se defendía lo mejor que podía. «*Scriberò, scriberò.*» decía humilde y compungido. «*Ora sto trabacando molto. Sto trascrivendo le vecchie poesie.*». «¿Las ya publicadas?», preguntaba Delfini riendo abiertamente. Delfini continuaba llamándole «Fesso de la Vega» y se divertía remedándole continuamente, llegando hasta a hablar con el marqués utilizando su misma jerga. «*S'è cosí, quelle già im-*

presse.», y nos enseñaba grandes hojas de papel hecho a mano, cubiertas por una caligrafía antigua, unida, estupenda. He ahí como pasaba el tiempo el marqués durante las horas que estaba encerrado en su estudio de *Piazzale Donatello*. No quiso nunca que fuéramos a verle allí: era donde recibía a la joven de la que estaba enamorado. Cuando la marquesa abandonaba la salita en la que pasábamos la tarde en el *Albergo Berchielli*, el marqués decía: «*La pobre necessita comprenderla. Es sta scribiendo musica todo el dia e ninguno vuole giuarla. Come se dise in italiano?*»

* * *

A su llegada a Florencia el marqués nos había dado algunos ejemplares de sus poesías. Reimprimió la tercera y cuarta ediciones de los *Prestigios* escritos de 1911 a 1916, la segunda de *Constancias* (1925-38) y de *Oaristes* (1931-40). Vallecchi le publicó un libro traducido por Anna Bonetti. Incluso Oreste Macrí lo tradujo y le dedicó un largo estudio. Traverso, el «Khane», lo estimaba mucho como poeta puro y absoluto y se carteo con él durante años y al final hizo de él un cálido retrato. Leí las poesías y los escritos a algunos de mis amigos: era un ultraísta⁷. Su poesía se basaba en una especie de imagen hiperbólica. Un poco lo que es el imaginismo en la poesía anglosajona. El marqués, respecto a su país, estaba descentrado, se había marginado después de la época de las luchas ultraístas, bajo el imperio del poeta sacerdotal Juan Ramón Jiménez, pero todos sabían quién era y qué había hecho en el primer vanguardismo del siglo xx español. Cuando volvió a España, en sus últimos años de vida, el poeta José Luis Cano y algunos amigos intentaron reparar el largo olvido y lo celebraron.

En Florencia, leídas sus poesías, discutimos sobre ellas entre nosotros en el café, y con el mismo marqués, que, en aquellos días estaba extrañamente excitado, casi rejuvenecido. Después, poco a poco, dejamos de hablar de ellas. El marqués volvió a sus golpes de ingenio, a los mismos discursos, a las mismas preguntas: «*Che era. Bilenchi. quella guapa signora bionda che paseava ieri sera con voi?*». «Era mi mujer, señor marqués». «*Cierto amigo me ha dicho che non essere vostra moglie*». «De verdad era mi mujer». «*Peccato*» —decía el marqués mientras su mirada se hacía cada vez más maliciosa— «*Esta tarde è una tarde de gaffe*».

Al marqués le gustaban las mujeres de todas las edades, desde las jovencitas a las maduras siempre que estuvieran bien conservadas. Sus preferencias iban sin embargo a las chicas sobre los treinta años. «*Come se dise quella funzione in italiano?*», nos preguntó a Delfini y a mí un día que habíamos ido a verle al *Albergo Berchielli* y nos había recibido en una pequeña salita silenciosa y reservada. «Se dice de tantas maneras», respondió Delfini. «*Vamos, Don Antonio, dite*». «Clavar, joder, mojar, meter, fo-

⁷ Lessi le poesie e gli scritti dei miei amici: era un ultraísta

llar⁸, y después están los dialectos. Se puede decir también: yo le echaría un polvo a aquella chica, un palo, tirársela, darle un meneo, hacerle un favor, quitarle las telarañas si es ya un poco vieja⁹. Y después de una gran carcajada, Delfini le dijo: «Marqués, cuando uno tiene siempre la lanza en ristre como usted se llama encoñado, enchochado¹⁰». «*Y el sexo de le donne como se dise*», preguntaba el marqués. «Coño, conejo, almeja, raja, higa, chocho»¹¹, respondíamos. «Boccaccio decía “sacudir la pelliza”. En Pisa dicen “*topa, topina*”»¹². «*Topa?*» decía el marqués. «*La muchera del topo?*». «Sí», le decía yo. «Cuando tenía ocho años, mi madre, una chica recién licenciada en Letras en la Universidad de Pisa y yo fuimos a pasar el verano a Marina di Cecina. En cuanto bajé del autobús en la gran plaza, llena de soldados italianos y austríacos (no había terminado todavía la primera guerra mundial), me atrajo una pintada en el muro del cuartel, allá en lo alto, justo debajo del alero; para trazar aquellas enormes letras debían de haberse suspendido del tejado con una cuerda. Marqués piense que estaba escrito:

«El cardenal Maffi
arzobispo de Pisa
para chupar la *topa*
se afeitó el bigote¹³.»

«¿Qué es la *topa*?» pregunté a mi madre». «*A vostra madre?*», dijo el marqués estupefacto. «*E che s'e accaduto?*». «Mi madre me dio un pescozón diciéndome “Cállate asqueroso”, mientras la chica se echó a reír. Y aquel pescozón, aquél “asqueroso” y aquella carcajada me dejaron perplejo largo tiempo». «*Oh! Oh!*», exclamaba el marqués y sonreía cerrando los ojos encantado. «*Cogno. Bilenchi. cogno*», gritaba después levantando los brazos al cielo.

Después de aquella primera lección —le habíamos prometido otras— salimos a la calle para verificar si nuestro alumno había progresado. «Marqués ¿qué le haría a aquélla?». El marqués miraba atentamente la chica que Delfini le había indicado: «*Quella la piperei!*». «¿Y aquella otra?». «*Quella la scoperei*». Pasó una mujer con un trasero prominente. «Marqués, ¿a esa se la tirarías?». «*Quella la premeri de tràs come se faseva Messa*».

* * *

⁸ En el original la enumeración es la siguiente: «Chiavare, fottare, pipare, trombare, scopare».

⁹ En este caso la enumeración en italiano era: «io darei una cannata a quella ragazza, un colpo d'asta, sbattere, frullare, farle la festa, sdiragnare se è vecchiotta».

¹⁰ «Afficato» y «appottito» (de «fica» y «potta») en el original italiano (NdT).

¹¹ En el original: «Fica, figa, potta, fregna, passera, mona» (NdT).

¹² «Topa» o «topina», como hembra del topo, sería prácticamente un equivalente de nuestro «conejo». Obsérvese que mientras que en español el órgano sexual femenino tiene predominantemente nombres de género masculino, en italiano es siempre femenino (NdT).

¹³ Il cardinal Maffi/ arcivescovo di Pisa/ per leccar la topa/ s'è tagliato i baffi/

Era imposible discutir coherentemente de política con el marqués. Hablaba de Hernando Pizarro¹⁴, de Fernando e Isabel, de Cortés y de Montezuma (*sic*) como si estuvieran sentados con nosotros al velador del café. En cuanto al presente decía «*Como non me curo de le miserie vuestre, voi non dicere nulla de la miseria nuestra*». Era un decidido antifranquista hasta el punto de no ir a saludar a un primo suyo, también marqués, que estaba de viaje en Italia, porque había aceptado de su gobierno el cargo de alcalde de Sevilla. Hubo un periodo, durante la guerra, en el que el marqués se mostró ansioso y preocupado; me preguntaba por las noticias transmitidas por *Radio Londra* que no podía escuchar en el hotel. Se decía confiado en una próxima caída de Franco, pero cuando vio que España quedaría fuera del conflicto mundial, dejó de hablar de política, no aceptaba ni siquiera la mínima alusión a la guerra. Hablaba de su joven amante con tristeza y piedad.

Durante toda la guerra, el marqués comía, para ahorrar, en un restaurante de cuarta fila donde también iba yo: tenía varias salidas y era un lugar de encuentro de los dirigentes del partido comunista: Giuseppe Rossi, Mario Fabiani y sobre todo Bruno Sanguinetti. Nos sentábamos mi mujer, el marqués, uno de los camaradas y yo en la misma mesa. Presentaba a mi amigo al marqués siempre con el mismo apellido fuera quien fuera: Paoli, que no se correspondía con ninguno de los seudónimos que usábamos durante la lucha clandestina. El marqués se inclinaba, se sentaba el último, ponía una cápsula de «fitina» en la comida porque, decía, el cerebro tenía que alimentarse mejor que los otros órganos, y comía en silencio sin dirigir una sola vez la mirada al hombre, para él desconocido, que se sentaba a su lado. Nunca en mi vida he comido tan taciturno como en aquellos días. Una mañana la fonda fue invadida por un grupo de miembros de la brigada «Muti», con metrallas, pistolas y granadas. Venían de Roma y se dirigían al Norte. Se sentaron en las mesas cerca de nosotros y bien pronto se pusieron a mirarnos y a cantar, a blandir las armas y a gritar. Estaba con nosotros Mario Fabiani. Sabía que el tribunal especial le había condenado a veintitrés años de cárcel de los que había ya cumplido muchos. Había conseguido huir de la prisión el 8 de septiembre¹⁵. Tenía miedo por él no veía el momento de acabar de comer. Sentía que me había puesto pálido, estaba inquieto, tenso, y tenía que notarse. El marqués estaba sentado justo delante de mí, al lado de Fabiani. Cuando cruzábamos la mirada me sonreía tiernamente con sus ojos viciosos de jovenzuelo. En un cierto momento me

¹⁴ Suponemos que Bilenchi se refiere más Francisco Pizarro que a su hermano Fernando o Hernando

¹⁵ Naturalmente se refiere al 8 de septiembre de 1943 en que los aliados hicieron público unilateralmente el armisticio firmado con el gobierno de Badoglio. Sucesivamente Mussolini sería liberado por los alemanes y se proclamaba la República Social Italiana quedando Italia dividida en dos. Florencia no fue liberada hasta el 10 de agosto de 1944, por tanto la situación que nos describe Bilenchi en este caso, se sitúa entre septiembre del 43 y junio del 44 fecha de la liberación de Roma de donde procedían los hombres de la «Muti».

hizo incluso un gesto cauto con la mano para invitarme a la calma, para tranquilizarme, como diciéndome que todo habría acabado bien. Salió el último, como para protegernos, distribuyendo a derecha e izquierda sonrisas y reverencias. Aquella misma noche, tarde, se convirtió por un instante en uno de aquellos guerreros españoles de los que hablaba a menudo, uno de sus antepasados, un hidalgo, un ciudadano del mundo. Un teniente de las SS, borracho, prepotente y largo de manos, se puso a abusar de todo y de todos en la recepción del *Albergo Berchielli*. Sólo estaban allí tres mujeres y el portero temblando de disgusto y de miedo. El marqués hizo frente al oficial «*Voi nazisti*» —le dijo— «*siete il disonore di tutta la terra. di tutti gli eserciti. Siete belve selvagge*»¹⁶ y, hecho una furia, le echó del hotel.

* * *

Al acabar la guerra salió de Italia para ir a París. Creo que los intereses que su mujer tenía en Francia no iban tan bien como antes y era necesario seguirlos de cerca. Salvatore Bruno, un joven que frecuentaba *Le Giubbe Rosse*, se encontró con el marqués que llevaba la misma vida lenta y tranquila admirándose de vez en cuando de los acontecimientos de aquella agitada postguerra. Salía del *Café Flore*. En cuanto el marqués lo vio le dijo: «*Ora sarà contento Bilenchi che Baffone é arrivato in Italia*»¹⁷.

En aquellos días llegó a París Eugenio Montale. El marqués era un hombre festivo, muy apegado a los amigos pero también muy digno y quisquilloso. Montale no correspondió a su férvida acogida. De golpe, volviéndose serio, el marqués dijo: «*El póvero está ne la más lamentáble condizione del mundo. La condizion dell'ex poeta*». Eran los días del «asunto Duclos». Un amigo mío que estaba en aquella ciudad le llamó una mañana. «*Lisez l'Aurore*» exclamó el marqués. «*Pero, lo che ió non comprendo eso los pigeones*».

Poco tiempo después recibí una postal del marqués: había vuelto a Sevilla completamente arruinado por la guerra. Para vivir, él, grande de España, era representante de una fábrica italiana de motocicletas. Una tarde, en el café un amigo dijo que el marqués había muerto de imprevisto.

¹⁶ Ustedes los nazis son el deshonor de toda la tierra, de todos los ejércitos. Son bestias salvajes.

¹⁷ «Ahora estará contento Bilenchi porque Stalin ya ha llegado a Italia».